

Ana Lorena Carrillo*

CRÓNICA, DISCURSO CRIOLLO
Y RELATO HISTORIOGRÁFICO
EN *LA PATRIA DEL CRIOLLO*
DE SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ

Resumen

Este ensayo presenta una interpretación de *La patria del criollo* de Severo Martínez Peláez, obra clásica de la historiografía colonial centroamericana. Intenta realizar un acercamiento a su condición de narración y relato de la historia, mas no a sus presupuestos teóricos e hipótesis, enfatizando en su articulación a diversas tradiciones intelectuales y literarias precedentes. Especial atención merece el examen de la relación entre *La patria del criollo* y la crónica escrita a finales del siglo XVII por Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, la *Recordación Florida*, a partir de la cual se desarrolla la presencia del discurso criollo en la elaboración del argumento de Martínez Peláez. Se entiende esta táctica como una estrategia narrativa con la cual el historiador consigue reelaborar creativamente el discurso sobre el pasado colonial guatemalteco.

CHRONICLE, CRIOLLO DISCOURSE, AND HISTORIOGRAPHICAL NARRATIVE IN
SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ'S *LA PATRIA DEL CRIOLLO*

Abstract

This essay offers a reading of Severo Martínez Peláez's *La patria del criollo*, a classic work in the historiography of colonial Central America. It engages the work by examining not its theoretical or hypothetical suppositions but its qualities as a historical narrative, emphasizing the articulation of myriad intellectual traditions and literary precedents. Special attention is paid to the relationship between *La patria del criollo* and the *Recordación Florida*, a chronicle written toward the end of the seventeenth century by Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, in which the presence of what Martínez Peláez terms "criollo discourse" allows him to shape his argument. Martínez Peláez's tactics are understood as a narrative strategy by which means the historian creatively refurbishes the discourse relating to Guatemala's colonial past.

* Ana Lorena Carrillo (guatemalteca) es historiadora por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Tiene una maestría en estudios latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y está preparando su doctorado en estudios latinoamericanos en la misma universidad. Es profesora-investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. Una versión anterior de este trabajo se presentó en el VI Congreso Centroamericano de Historia en Panamá en julio de 2002. Su dirección de correo electrónico es lorencarr@yahoo.com.

© Mesoamérica 44 (Diciembre de 2002), págs. 118–133

Severo Martínez Peláez (1925–1998) trabajó en la recreación del mundo colonial guatemalteco. La búsqueda de explicaciones para su propio presente lo llevó hasta aquel tiempo, en el que encontró la raíz y explicación de la complejidad que de modo tan vehemente quiso desentrañar. La propuesta historiográfica de su trabajo clásico, *La patria del criollo*,¹ puede ser leída como un texto literario a partir de dos imágenes que rigen su apertura. Éstas son las de un terremoto y de un niño. A partir de ambas, es posible pensar en un desarrollo, en una reconstrucción. Reconstrucción y desarrollo son también, por lo demás, conceptos con cierta temporalidad en los que pasado, presente y futuro se entrelazan. En el texto de *La patria del criollo*, la propuesta se desarrolla a través de la composición general de la obra, de la organización de su forma y lenguaje, de la disposición y tratamiento de la materia historiográfica y del modo en que Martínez Peláez piensa y representa la historia. Sin embargo, se sintetiza en aquellas imágenes que figuran en el párrafo inicial y que tan claramente evocan formas de pensamiento y escritura propias del discurso criollo de la época colonial.

El propósito de este ensayo es mostrar diversas manifestaciones de la presencia del mundo y pensamiento criollo en las formas narrativas de Martínez Peláez. La importancia de las implicaciones de esta presencia radica en que atañen al orden de la conformación de las mentalidades y la cultura en Guatemala. Dicha presencia estaría indicando la perduración, extensión y reformulaciones críticas de un modo de pensar y concebir la realidad asociado a los sectores dominantes, cuya hegemonía cultural es punto de partida. Se trata de indagar en los complejos y contradictorios procesos mediante los cuales se va conformando históricamente un modo de pensar y sentir que adquieren forma cultural. La atención se ha puesto en aspectos de la estructura narrativa o de la composición literaria del relato historiográfico. Estos aspectos no son vistos como ajenos, sobrepuestos o accesorios al cuerpo propiamente histórico de la obra, sino como expresiones de una relación compleja entre modos y lenguajes epistemológicos distintos que contienen en el esfuerzo de dar cuenta de la realidad.

¹ Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (México: Universidad Autónoma de Puebla, 1981). (Primera edición, Guatemala: Universidad de San Carlos, 1970).

ORDEN, MEMORIA Y ESCRITURA

Con este escenario se abre su obra:

El 18 de febrero de 1651 fue un día terrible para la ciudad de Santiago de Guatemala. A eso de la una de la tarde —era un sábado— comenzó a retumbar el suelo y a sacudirse violentamente. Muchos edificios se derrumbaron con estruendo en aquellos momentos. Otros quedaron seriamente dañados y continuaron desplomándose con los temblores siguientes, pues los hubo de día y de noche durante más de un mes.

La plaza mayor de la ciudad, que en otras ocasiones era centro de festividades y regocijos, se vio convertida en escenario de lamentaciones. Improvisó allí la gente un cobertizo de paja y llevó en procesión la imagen de San Sebastián, que era tenido por defensor de la ciudad frente al azote de los temblores. Pobres y ricos, aunados momentáneamente por el pánico, acudían a los atrios de los conventos a confesar con prisa sus culpas. Y en las torres, que malamente se sostenían en pie, gemían las campanas sacudidas por la mano invisible del terremoto.

Entre la muchedumbre que se aglomeraba por aquellos días en los atrios, se hallaba un niño que no olvidó jamás las impresiones del terremoto y que cuarenta años más tarde, iba a recordarlas en las páginas de una célebre crónica.²

El desorden reinante que se ha elegido para iniciar hace posible que personajes distintos, confundidos en una multitud, se entrecrucen y mezclen bajo el poder de la naturaleza que momentáneamente los iguala. Un desorden inaugura el relato de la historia, que más adelante retomará uno a uno los hilos de la caótica madeja hasta desenredarla por completo, para finalmente presentar a aquellos personajes de nuevo entrecruzados en la composición general de la obra, pero ahora bajo la forma ordenada y coherente de una trama que se urde obedeciendo a puntuales leyes históricas. Por lo demás, a partir del terremoto y su desorden se establecen marcas de tiempo y espacio, sobre las cuales la narración se irá desplegando en los relatos que son, a su vez, los capítulos de la obra. En cuanto al niño, que no es otro sino Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, autor de la conocida crónica del siglo XVII, la

² Martínez Peláez, *La patria del criollo*, págs. 17 y 18. Todas las referencias a la obra, excepto las que se hacen al Prólogo, corresponden a la edición de 1981 de la Universidad Autónoma de Puebla. El párrafo se inspira en la descripción de Fray Francisco Vásquez en *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, escrita entre 1681 y 1688 en su primera versión; y en la de Fuentes y Guzmán en su *Recordación Florida*. Sin embargo, es una recreación de Martínez Peláez, quien no cita textualmente ni a Vásquez ni a Fuentes y Guzmán.

Recordación Florida,³ su imagen es focalizada desde una perspectiva que sitúa al narrador fuera de los acontecimientos. Aunque apenas unas líneas antes, al describir el terremoto, parecía estar en ellos por el tono testimonial de la narración. Confundido “entre la muchedumbre”, la singularidad del niño es develada a partir de una cualidad que da sentido a la obra en su conjunto: esta cualidad es la memoria. Lo primero que *hace* el niño, lo que lo señala entre todas las demás personas que se apretujan en la plaza mayor implorando y confesando sus pecados, es un gesto primordial: no olvidar jamás.

La memoria se instituye así como el nexo primario entre niño, cronista y narrador-autor. Aparte de lo que puede especularse acerca de la resonancia especial que podría haber tenido para el historiador la imagen de un niño que “no olvidó jamás”, la derivación de la memoria en escritura es el puente que se tiende entre ellos y también la posibilidad para la restitución del orden. Esta doble condición, como imposibilidad del olvido y como sedimento de la escritura historial, junto a la figuración de una suerte de espacio de orden ajeno al caos circundante, resume el vínculo entre los tres. Es un vínculo que explica el hecho de que, a lo largo del ensayo, las voces contrastadas del cronista y el historiador, más allá de la explícita relación intertextual, establezcan un diálogo permanente, frontal y exclusivo, que con mucho sobresale a todos los otros intercambios que se crean en él. Sin duda, el sentido histórico de este diálogo se asienta en que, tanto la sociedad que el cronista colonial retrató en su obra como la que sirve de “mirador” a Martínez Peláez para leerla e interpretarla, son sociedades en crisis. El caos sintetizado en la escena del terremoto que vive Fuentes y Guzmán, que describe Vásquez y que reinterpreta Martínez Peláez, es en realidad una metáfora de la crisis del siglo XVII, una crisis de época que, tanto en España como en las colonias, al igual que en la Guatemala y Latinoamérica de la década de 1970, señalaba la presencia o inminencia de transformaciones profundas. Si bien en cada caso dirigidas hacia objetivos distintos y motivadas por causas también diferentes. Pero en ambas la estructura de la sociedad y de la economía daban muestras de aguda conflictividad, en parte debida a reagrupamientos nuevos y disputas por el espacio, los privilegios, la tierra y el poder. Un terremoto y un niño de la colonia son imágenes que bien sirven para ilustrar la inminencia de la crisis generalizada y las posibilidades nuevas que podrían avizorarse en el presente del historiador. Tender el puente hacia la colonia haciendo uso de su lenguaje y sus imágenes, recreándolas, trayéndolas hasta los sentidos del lector contemporáneo, entrelazadas con imágenes y lenguaje de su propio tiempo, fue un modo de apropiación de la historia, un modo de instrumentalizar ese saber

³ Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, *Recordación Florida: discurso historial y demostración natural, material, militar y política del Reyno de Guatemala*, 3 tomos (Guatemala: Biblioteca “Goathemala” de la Sociedad de Geografía e Historia, 1932–1933).

con fines de transformación política y social y un esfuerzo fundador de referencias culturales e históricas con miras a la edificación de un sentido de patria y nación.

DISCURSOS, TRADICIONES Y CONTEXTOS

Se ha relacionado la obra de Martínez Peláez con la corriente historiográfica francesa personificada en los *Annales d'histoire économique et sociale*. Esta relación se establece a partir de la orientación temática de *La patria del criollo* hacia la historia social y de las mentalidades —así como de la orientación metodológica hacia la historia total, la concepción del tiempo histórico e incluso la elaboración discursiva en el sentido de su “literariedad”, entendida ésta como la configuración estética y los recursos retóricos del discurso.

Iván Molina, refiriéndose a la confrontación intelectual que tuvo lugar entre las dos obras más importantes de la historia colonial centroamericana, una de las cuales es *La patria del criollo* y la otra, *Spanish Central America* de Murdo MacLeod,⁴ afirma que en rigor, entre ambos autores, es MacLeod quien utiliza por primera vez los métodos de los *Annales* (específicamente la historia cuantitativa) en el estudio del pasado centroamericano.⁵ Por lo demás, en la mayor parte de las referencias, la científicidad de *La patria del criollo*, según los críticos, descansa en lo que el propio autor la inscribía: la aplicación a la investigación histórica del paradigma teórico del marxismo, que a la vez es considerada por algunos de ellos como causa de sus mayores debilidades. Pero estas obvias referencias a dos de los grandes marcos interpretativos del discurso del saber en Europa, que fueron bastante favorecidas en los trabajos de una generación completa de científicos sociales latinoamericanos, han sido entendidas, por esta última razón, como parte esencial de la valoración latinoamericana que se ha hecho de la obra de Martínez Peláez. A partir de esa valoración y del debate intelectual antes aludido, la recepción de la obra en los círculos académicos se dividió, según Molina, entre la frialdad e indiferencia de la “tradición anglosajona” y el entusiasmo de la acogida de la “tradición latinoamericana”.⁶ A este respecto sería interesante dilucidar qué cosa es lo que ambas tradiciones reconocen como presencia de los *Annales* en las respectivas obras y qué clase de científicidad pretenden encontrar en ellas

⁴ *Spanish Central America: A Socioeconomic History, 1520-1720* (Berkeley: University of California Press, 1973).

⁵ Iván Molina Jiménez, “La patria del criollo: tres décadas después”, en Oscar Peláez, compilador, *La patria del criollo: 30 años después* (Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos, 2000), págs. 199–221.

⁶ Molina Jiménez, “La patria del criollo”, pág. 207.

bajo el respaldo de tal presencia. En principio, tal parece que la “tradición anglosajona” valoró ante todo el ejercicio del número y la cifra en la obra de MacLeod, mientras que la “tradición latinoamericana” valoró la postura ético-política de la historia social en la obra de Martínez Peláez.

La patria del criollo se organiza, pese al subtítulo en singular, bajo la forma de ensayos. Son siete capítulos referidos a dos grandes temas: las formaciones ideológicas, las relaciones económicas y los espacios sociales del criollo por un lado y las de los indígenas y mestizos por el otro. El octavo y último ensayo, “Reflexiones finales”, es el que realiza la actualización de los temas históricos tratados. El subtítulo del libro, *Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, alude a la obra del peruano José Carlos Mariátegui, con cuya tradición intelectual sin duda entabla lazos, enfatiza en la idea de unidad que quiso prevalecer en la composición y estructura.⁷ En su Prólogo, Martínez Peláez advierte sobre esta composición y estructura como un conjunto de ensayos que, dado el caso, pueden ser leídos separadamente y sin orden progresivo necesario.⁸ Esta alusión en la obra a la tradición ensayística latinoamericana a través de Mariátegui se complementa con una toma de distancia respecto de otras corrientes que, aunque también forman parte de dicha tradición, se sitúan en una perspectiva opuesta. Son aquellas que eluden “la investigación de lo concreto”, a las que Martínez Peláez llama “ingeniosas conjeturas disfrazadas de ciencia social”. Con una serie de entrecomillados, el historiador hace parodia e ironiza sobre los temas y propuestas de dichas corrientes, de las cuales se desvincula señalándolas como:

Aquel fantasear que a título de “historia filosófica” nos habla del “espíritu” de una época, de su “perfil cultural”, de la “vocación histórica de sus hombres y otras quimeras parecidas”.⁹

De este modo, subraya que el materialismo histórico y la recuperación y nacionalización del marxismo en el análisis de la realidad es lo que *La patria del criollo* toma como punto de contacto con la obra de Mariátegui y como fundamento teórico general. La ausencia de referencias explícitas a ello y el tono relativamente oscuro con que trata la filiación teórico-metodológica se expli-

⁷ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 31ª edición (Lima, Perú: Biblioteca “Amauta”, 1975).

⁸ El Prólogo escrito por Martínez Peláez no aparece en la edición de 1981, aunque se hace referencia al mismo en la Presentación del historiador Enrique Semo. Dicho Prólogo figura en las ediciones centroamericanas y en la más reciente del Fondo de Cultura Económica de México publicada en 1998.

⁹ Martínez Peláez, *La patria del criollo*, edición de 1998, pág. 11.

ca por el contexto político y social de Guatemala en los años en que la obra se escribió. En el mismo se perseguía cualquier reivindicación marxista en la práctica y en la teoría. Martínez Peláez se formó en la Universidad Nacional Autónoma de México en la década de 1950, cuando sin duda el acervo teórico y literario de los ensayistas latinoamericanos de la primera mitad del siglo estaba siendo decantado por la perspectiva marxista que se impondría en la década de 1960; la concepción de *La patria del criollo* ya existía en las reflexiones del historiador desde entonces. Es posible pensar que aquel tipo de historia de la que se deslinda correspondería al elaborado en las obras de esos autores no marxistas y al que durante muchos años practicó José Antonio Villacorta, el historiador “oficial” de Guatemala durante la primera mitad del siglo XX, vivamente influenciado por aquellos al menos durante la primera época de su producción.¹⁰ Según estudios sobre el pensamiento social guatemalteco, la innegable influencia de los pensadores mexicanos y peruanos de las décadas de 1920 y 1930, con su propuesta mestiza de nación e identidad, no fue asimilada por los autores de esta generación en Guatemala, la cual antecedió a la de Martínez Peláez, desarrollándose una opción y proyecto “racialista, autoritario, endogámico y excluyente”.¹¹ Frente a esta tendencia, el marxismo, estudiado ya por el historiador en su juventud, y ampliamente difundido en Guatemala durante la época de la revolución de octubre de 1944, se alzaba cuestionando el concepto mismo de “raza”, situando el problema en sus determinaciones económicas. De hecho, al hacerlo, confrontaba por igual tanto aquel proyecto situado a la derecha del discurso mestizo de los ensayistas latinoamericanos, como a éste mismo. Las invectivas de Martínez Peláez contra el tipo de historia que “elude la investigación de lo concreto” dejan en efecto en la oscuridad a los interlocutores a los que se dirige, que podrían ser representativos de ambas corrientes (continental y local), pero evoca en su distanciamiento de la “historia filosófica” o de nociones como “el perfil cultural de una época” a los mismos a quienes se dirigió Mariátegui cuando afirmaba: “La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural”.¹²

¹⁰ Enrique Gordillo, “Hacia la formación del ‘Alma Nacional’: José Antonio Villacorta Calderón y la historia de Guatemala (1915–1962)”, en Marta Elena Casaus Arzú y Oscar Guillermo Peláez Almengor, compiladores, *Historia intelectual de Guatemala* (Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2001), págs. 119–167.

¹¹ Marta Elena Casaus Arzú, “Las élites intelectuales y la generación del 20 en Guatemala: su visión del indio y su imaginario de nación”, en Casaus Arzú y Peláez Almengor, *Historia intelectual de Guatemala*, págs. 1–50.

¹² Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación*, pág. 36. Mariátegui inicia su ensayo “El problema del indio: su nuevo planteamiento” criticando las tesis que “ignoran o elu-

Sin embargo, a despecho de lo que afirma, Martínez Peláez hace justamente una investigación sobre la cultura y las formas de conciencia de una clase hegemónica y de la forma en que dicha cultura se constituye en algo como el “espíritu” de una época. Y, entre otros, lo hace a partir del análisis de la *Recordación Florida*, que en un sentido no del todo consciente en el autor, es un análisis literario que va más allá de lo que usualmente se reconoce. El estudio literario de la crónica de Fuentes y Guzmán y el análisis sociológico que hace de la misma son centrales en el trabajo de Martínez Peláez y en las conclusiones que elabora acerca de la mentalidad y conciencia criollas. En su obra se construye una idea de “el criollo” y de “lo criollo” a partir de Fuentes y Guzmán y se propone la famosa crónica como el origen de una cierta cultura guatemalteca, la de la clase dominante. De hecho, con esta indagación sobre la *Recordación Florida*, Martínez Peláez se constituye en uno de los más importantes críticos guatemaltecos, si no en el mayor de ellos, de las letras coloniales del país. Esa perspectiva metodológica, que acerca *La patria del criollo* a la crítica literaria, cultural y política expresada bajo la forma del ensayo es, justamente, la que convierte a la obra en parte de éste género; además del carácter “tentativo”, es decir, no acabado, de algunas de sus hipótesis como afirma su autor, siguiendo en ello también a Mariátegui. *La patria del criollo* se inscribe en el conjunto del vasto *corpus* de literatura que ha venido construyendo y decantando el pensamiento y la cultura en la región.

LA LECTURA DE LAS CRÓNICAS DE LA *RECORDACIÓN FLORIDA*

En *La patria del criollo* hay una lectura de la *Recordación Florida* que se realiza en función del objeto de investigación que se ha establecido: la mentalidad y la conciencia criolla. De esta manera, el texto colonial es leído como un documento de gran riqueza informativa, pero también es portador de una subjetividad que más que la del propio cronista, expresa la de la clase social que él representa.

Se trata entonces de una lectura que no se queda en el valor documental del texto, en el sentido de datos sobre la economía y el orden social colonial, sino que recupera, concediéndole enorme importancia, “el caudal de subjetividad y pasión” que la anima. La *Recordación Florida* es escrutada no sólo en sus informaciones “concretas”, sino en sus datos subjetivos. Martínez Peláez va en busca de la “conciencia criolla”, de la mentalidad de clase y por eso su lectura de la crónica concede atención particular a lo que llama el “clamoreo emocional” que es el de las “nostalgias y certidumbres, temores, aborreci-

den a éste como problema económico-social”, págs. 35–49. Para enfatizar sus argumentos, hace una larga cita de sí mismo en la que aparece la frase anotada arriba.

mientos y adhesiones” que menciona. Sin embargo, esa paciente y detallada lectura soslaya texturas que sitúan la *Recordación Florida* como parte no ya de un tipo de fuente historiográfica, sino como parte de un género literario que se caracterizó por la descripción de una realidad y el relato de unos acontecimientos, a partir del traspaso constante entre sistemas culturales, códigos y signos distintos, inaugurando un modo de pensar y escribir en América.¹³ Por ejemplo, cuando en los “desmedidos énfasis”, las exageraciones o las analogías con personajes mitológicos que hace el cronista, el historiador no ve sino las motivaciones ocultas de clase, simplificando así el entreverado proceso de apelaciones culturales múltiples y simultáneas que exigía la elaboración literaria de la época. Martínez Peláez leyó la *Recordación Florida* como expresión de la cultura de un grupo social, y en efecto lo es. Pero esta exclusiva perspectiva, que posibilitó su agudo análisis, le dificultó al mismo tiempo verla como un texto que en sí mismo propone un modo de relacionarse con la realidad y de escribir la historia. Las consideraciones sobre que este modo de relacionarse y escribir fue el modo de los dominadores —descubridores, conquistadores, burócratas, encomenderos e intelectuales criollos y, finalmente, terratenientes e intelectuales ladinos— porque se asentaba en el poder indiscutible de la escritura. No cancelan el hecho de que las más diversas expresiones artísticas y materiales de los dominados en las distintas épocas desde el descubrimiento conservan, y comparten con aquéllas, el rasgo característico de la tensión originaria entre dos sistemas culturales.¹⁴

El historiador elude las variaciones en la textura de la crónica; y su versión es la de un discurso homogéneo y plano —el discurso del criollo. Y aunque lo cierra así como un discurso finalmente “político” respecto del cual su propuesta historiográfica lo obliga a distanciarse, también es igualmente cierto que con su recuperación de la *Recordación Florida*, Martínez Peláez actualiza en su propio discurso “el horizonte de recepción” de las letras coloniales y el discurso criollo. Son letras y un discurso que buscaron instaurar la noción unitaria de *patria* como antecedente de la igualmente conflictiva de *nación* que se sitúa en el centro del debate en el presente del historiador. Martínez Peláez descubre en la obra de Fuentes y Guzmán el primer documento en el que se expresa la idea de la *patria guatemalteca*, una idea criolla por supuesto, pues de ninguna otra clase podría haberse esperado semejante elaboración ideológica entonces, asentada en la base material del patrimonio

¹³ Enrique Pupo-Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América: desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* (Madrid: Editorial Gredos, 1982); y Mercedes Serna, introducción y edición, *Crónica de Indias: antología* (Madrid: Ediciones Cátedra, 2000).

¹⁴ Véanse de Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo* (Barcelona: Piados, 1989); y *La colonización de lo imaginario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1991).

heredado de la conquista. Y es la configuración de esta base material la que ocupa centralmente la atención de Martínez Peláez, mientras que la indagación sobre la forma en que esta idea se plasma en la *Recordación Florida* es dejada en un plano secundario, si bien hay varias referencias a ella en el texto del historiador. La “patria” es tanto más “patrimonio” en tanto que el discurso que la erige no se encamina a la independencia política, puesto que se enuncia a una distancia de más de un siglo de la independencia de España. En realidad, la idea de patria entre los criollos del siglo XVII empezaba a generalizarse. En México, la obra del erudito Carlos de Sigüenza y Góngora ha sido ampliamente discutida en torno a su carácter precursor de una cierta “mexicanidad” construida desde la conciencia histórica y literaria criolla; y en la sociedad española del barroco la tradicional “fidelidad vasallática”, según José Antonio Maravall, estaba en vías de ser suplantada por el patriotismo.¹⁵ Sin duda que el auge en un caso, y la imposición en el otro, del modo de vida señorial asentado en formas de propiedad correspondientes estaba en el fondo de tales patriotismos, pero la idea de patria no es “producida” por dicha base material, sino construida por una gran diversidad de elementos culturales e ideológicos que tienen una vida propia, tal como lo argumentan los numerosos críticos de Sigüenza y Góngora y el propio Maravall. Aquí de nuevo es pertinente recordar las advertencias del Prólogo, donde Martínez Peláez subraya su distanciamiento y desacuerdo con las corrientes culturalistas, pero que en realidad son advertencias formales. Aunque de modo contradictorio, en *La patria del criollo* el análisis literario y cultural del texto y la sociedad colonial de hecho está presente desde las primeras páginas.

Hacer *panoramas* o relatos panorámicos era una manera de significar la patria en el siglo XVII, en una configuración que, a partir de la perspectiva y la altura, recreaba de nueva cuenta esa relación entre lo escrito y lo visual que las crónicas y cartas del descubrimiento habían inaugurado. Hacer relatos panorámicos de exaltación de la riqueza natural y económica en las colonias no era ciertamente sólo una mera descripción del paisaje o incluso de la propiedad, también era un modo de construir cultural y literariamente un lugar de enunciación.

LA PRESENCIA DEL DISCURSO CRIOLLO Y OTROS DISCURSOS SOCIALES

La patria del criollo arranca de la ciudad. Con el terremoto, el niño y la muchedumbre en la plaza mayor, parte del único sitio desde el cual podía partir. Porque si bien la “patria” se elabora como concepto en la mentalidad

¹⁵ José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco: análisis de una estructura histórica*, 6ª edición (Barcelona: Editorial Ariel, 1996), pág. 66.

del criollo que la conforma a partir de su conciencia patrimonial hacendaria, lo cierto es que esta idea no podía haberse elaborado ideológicamente más que a partir del espacio social y cultural que le era consubstancial: la ciudad criolla. Es importante señalar aquí que al menos dos de los temas, la inestabilidad y confusión sugerida por el terremoto y la muchedumbre en la plaza, son características de la literatura barroca, que en Europa se explican como expresión del malestar que genera la experiencia vital de la crisis generalizada del siglo XVII. También lo es la introducción de la perspectiva como noción epistemológica.¹⁶ De este modo, el historiador establece un lugar a partir del cual no solamente es la voz del cronista la que se despliega y elabora en su discurso la conciencia criolla. También a partir del mismo espacio, la voz del historiador dice y escribe el devenir de esta conciencia y mentalidad. La ciudad desde la cual se arranca queda así en el inicio establecida como el gran espacio social y cultural opuesto, pero intrínsecamente ligado al otro espacio a partir del cual se crean los campos del conflicto que la narración reitera una y otra vez: el de la encomienda, la propiedad rural y el pueblo de indios, siendo este último el espacio de la oralidad, la opresión y la resistencia. La conflictividad aquí señalada recorre *La patria del criollo* en la permanente tensión que se crea entre el idílico discurso del cronista, a quien “la patria se le vuelve paisaje”, y el discurso historiográfico que lo desmonta y erige en su lugar la materialidad de la explotación económica y la opresión social de los indígenas. Pero también esta tensión se proyecta en la contradicción permanente entre la compleja red de burocracia, orden, leyes, papeles y libros, por un lado, y la dinámica social, rebelde, brutal, casi muda e iletrada, por el otro. Incluso aparece esta insistente polaridad en la configuración del paisaje futuro que el historiador dibuja, paisaje en el que se reconocen trazos de los de Domingo Faustino Sarmiento y José Carlos Mariátegui y en el que, borrados los indicios de la opresión colonial y con ellos el indígena mismo, es el desarrollo material y el código lingüístico letrado de la “civilización” el que encarna el futuro democrático y progresista:

El tractor, la máquina en general, el manual de mecánica, el texto práctico de agronomía popular, los folletos instructivos de los insecticidas y de los abonos químicos, el cursillo intensivo de zootecnia, la prensa escrita y la radio a transistores, el estatuto de la cooperativa, todos los elementos del desarrollo moderno —incluidos los que no podemos prever—, le exigirán la unificación idiomática al indio, y aun la diversificación mirando hacia los idiomas en que se encuentra vertido el saber progresista y útil de nuestro tiempo.¹⁷

¹⁶ Maravall, *La cultura del Barroco*.

¹⁷ Martínez Peláez, *La patria del criollo*, pág. 610.

Pero la ciudad —y no se trata de cualquiera sino de Santiago de Guatemala— inicia su aparición en ruinas. Polo y emplazamiento del poder criollo, la ciudad es, además de “mirador”, lugar de la enunciación del cronista y el historiador, aunque desde su derrumbe y desgracia. Una ciudad criolla derrumbándose es así el anticipo que, en términos de conciencia histórica, estaría funcionando como una metáfora de la potencialidad del futuro en el pasado, así como de la inestabilidad y precariedad que subyace a lo establecido. Las páginas iniciales de *La patria del criollo* contienen entonces una propuesta de comprensión del pasado, pero también un deseo de futuro prefigurado en la ciudad criolla en ruinas y de modo muy importante, en la primera imagen del indígena, que es construida —contrariamente a la del criollo— como imagen colectiva y sin voz, pero que queda emblemáticamente ligada a la ciudad y a la casa-fortaleza del criollo a partir de un verbo de acción: *derribar*. Martínez Peláez escribe:

La casa misma —su casa— ofrecía por fuera unos ventanales salientes con tupidas y fuertes barras, y un pesado portón que no hubieran podido derribar veinte indios, aun escogidos entre los más forzudos, suponiendo que se les ordenase realizar tan estúpida tarea.¹⁸

Pero no solamente por el hecho de situar la doble voz de la enunciación, la del cronista y la del historiador en la ciudad, la obra de Martínez Peláez adopta el lugar y el “sonido” del cronista criollo y de su clase social. Lo adopta también cuando introduce su lenguaje en el discurso propio haciendo variaciones sobre él mismo:

Por lo demás, los indios, si bien es cierto que había que tenerlos a raya y patentizarles en todo momento su subordinación —¡consejo cotidiano de padres y abuelos!— no es menos cierto que a la casa llegaban siempre como portadores de algún beneficio.¹⁹

O cuando lo parodia:

Si él hacía ademán, pongamos el caso, de querer chancearse con algún chicuelo acompañante de los indios, en el acto se veía asido por la mano enérgica de la abuela, quien lo apartaba con un susurro insistente y enfático: “...*aparte somos nosotros, y aparte los naturales*”.²⁰

¹⁸ Martínez Peláez, *La patria del criollo*, pág. 18.

¹⁹ Martínez Peláez, *La patria del criollo*, págs. 18–19.

²⁰ Martínez Peláez, *La patria del criollo*, pág. 19.

Tanto la parodia como las variaciones funcionan para conseguir un distanciamiento del discurso criollo, así como los frecuentes cambios de registro del narrador. De este modo se establecen relaciones entre el discurso del historiador moderno y el del cronista colonial.

“ÍMPETU DESORDENADO”:
LA PARADOJA HISTORIOGRÁFICA

Agustín Mencos Franco, en su Presentación a una edición de *La patria del criollo*, sostiene que el libro de Fuentes y Guzmán

carece de verdadera inspiración, es oscuro en los conceptos, pedantesco en el estilo, de muy mal gusto en las descripciones; en una palabra, el escritor a que nos referimos, es, si se nos permite la frase, uno de los más aprovechados discípulos de Góngora.²¹

Este estudio no mereció mucha atención de Martínez Peláez, puesto que —contrariamente a lo que hace en toda la obra y su extenso aparato crítico— no cita completa la fuente ni el año al que corresponde, aunque alude al texto al menos en dos ocasiones. El estudio en cuestión fue publicado en *La Revista*, órgano de la Academia Guatemalteca, correspondiente a la Academia Española, en el año de 1889. Son pues, opiniones que es necesario contextualizar. El rechazo de Martínez Peláez a estas interpretaciones literarias de la crónica de Fuentes y Guzmán parece indicar que el historiador contemporáneo no sólo no comparte los juicios de Mencos, sino que por razones que presumimos se relacionan con esa “actualización” que hace, prefirió abstenerse de considerar la obra del cronista como una expresión más de la forma artística y cultural que caracterizó al período colonial americano del siglo XVII, como a la Europa del mismo período; es decir, el barroco. En un momento en que el discurso historiográfico cede al de la crítica literaria, Martínez Peláez afirma:

Es peligroso, amén de superficial contentarse con decir que Fuentes y Guzmán es desordenado o despachar ese desorden diciendo que se trata del “barroquismo” del autor y de la época. El relato emerge a veces con el ímpetu desordenado de las plantas trepadoras, y cuando adopta un tono culto recuerda ciertamente la riqueza recargada de los retablos barrocos; pero los problemas de construcción que presenta la obra encierra significados ideológicos que van mucho más allá de una pura cuestión de estilo.²²

²¹ Agustín Mencos Franco, “Presentación” a *La patria del criollo* (1981), pág. viii.

²² Martínez Peláez, *La patria del criollo*, pág. 136.

Independientemente de si la obra de Fuentes y Guzmán en efecto recogió algo del sentido crítico y reivindicativo con que la conciencia criolla que emergía retomó y trastocó la forma artística barroca bajo su aspecto de ideología metropolitana dominante,²³ o de si el mencionado “barroquismo” del cronista fuera una imitación, Martínez Peláez reconoce esta forma en la creación de Fuentes y Guzmán, pero la entiende como una “cuestión de estilo”, sin ver que en ella justamente se encierran múltiples significados ideológicos, porque tal vez no sea solamente una cuestión de “estilo”, sino justamente de construcción. Por otra parte, integrar la *Recordación Florida* a cualesquiera tradiciones literarias y culturales restaría singularidad y fuerza al documento que el historiador concibe como ejemplar muestrario de los intereses económicos clasistas del terrateniente guatemalteco y, más que interesarse en diluirlo en un “estilo” o en una estructura más general, está interesado en singularizarlo y destacarlo en su unicidad. Muchas de las investigaciones sobre los significados ideológicos del barroco americano y del barroco en general plantean un concepto más amplio de ideología de lo que Martínez Peláez entiende para la *Recordación Florida*, pero esto no estorba al ritmo más bien estable de la larga duración y perdurabilidad que acompaña al análisis de la mentalidad criolla que Martínez Peláez realiza, pues algunas de esas investigaciones justamente caracterizan a la sociedad y cultura barrocas como una “estructura histórica” de amplio espectro temporal y profunda densidad de contenido.²⁴

Los llamados por Martínez Peláez “problemas de construcción” de la *Recordación Florida* no se agotan por cierto en la determinación de la adscripción o no de la crónica de Fuentes y Guzmán a las formas del barroco, pero tampoco en las solas relaciones del texto con la ideología de clase del autor. Entendiéndolo de un modo más amplio, podríamos decir que los problemas de construcción de la obra encierran en efecto significados ideológicos más amplios que involucran relaciones entre diversos modos de pensar, sentir e imaginar de una época y no sólo los de una clase. Muchos de esos significados podrían estar no solamente en los vínculos entre el texto y la realidad extra-textual, sino en vínculos entre estas dos realidades que se establecen dentro del mismo texto y que suelen ser más difíciles de explicitar. Establecer esta clase de vínculos forma parte del análisis cultural de la crónica que Martínez Peláez trató de evitar sin conseguirlo plenamente, en razón de su propuesta historiográfica y política que consideró incompatible con dicho análisis. No

²³ Mabel Moraña, “Para una relectura del barroco hispanoamericano: problemas críticos e historiográficos”, en Saúl Sosnowski (selección, prólogo y notas), *Lectura crítica de la literatura americana*. Vol. I: *Inventarios, invenciones y revisiones*, 4 tomos (Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1996), págs. 653–663.

²⁴ Véase Maravall, *La cultura del Barroco*.

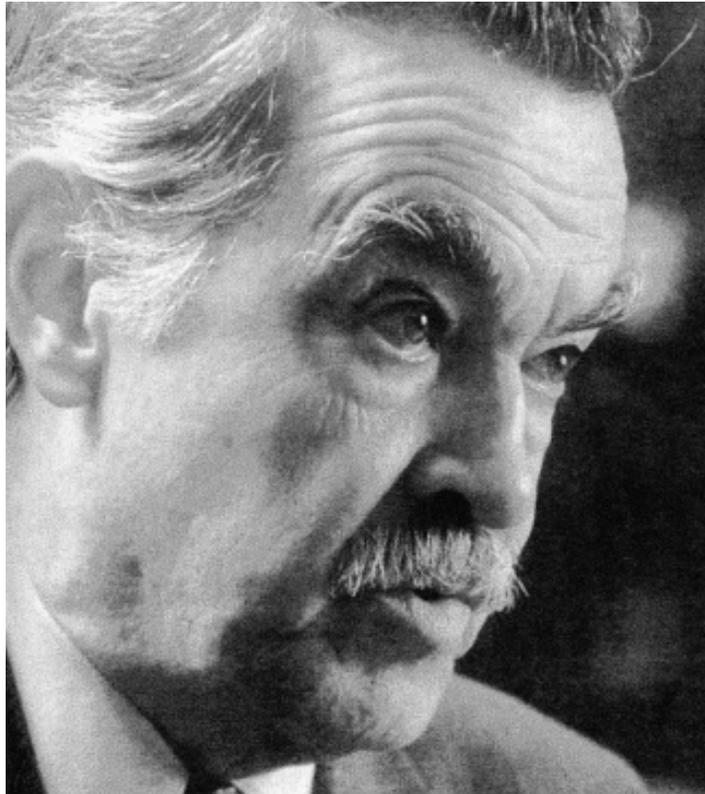
obstante, muchas de las investigaciones de historia cultural y literaria sobre el período colonial y sus formas culturales en Latinoamérica, realizadas antes y después de *La patria del criollo*, ya apuntan hacia los significados ideológicos que yacen en las formas de concebir el tiempo y la historia, así como en las formas de apropiación, acumulación y actualización del pensamiento y discurso de otras épocas, lugares y sectores sociales, todo lo cual no es sino parte de esos “problemas de construcción”. En efecto, el supuesto “desorden” de Fuentes y Guzmán sería un asunto de construcción del texto en tanto creación artística que va más allá del “estilo” y también —como lo intuye pero no desarrolla Martínez Peláez— más allá de la estrategia persuasiva de los intereses de clase expresados en el discurso criollo.

El siguiente párrafo, proveniente de la obra de Sigüenza y Góngora, conocido científico y criollo mexicano del siglo XVII, calificado también como barroco, servirá para que, leído junto a los primeros párrafos de *La patria del criollo*, ilustre de mejor manera el eco de las voces de entonces y del sentido de perdurabilidad en la estructura narrativa del discurso historiográfico contemporáneo de Martínez Peláez:

El jueves, 23 de agosto de 1691, a las nueve horas de la mañana, estaba oscuro como a media noche, los gallos cantaban y las estrellas brillaban, pues el sol se eclipsó completamente, cuenta un diario. Un pavoroso frío descendió con el paño mortuorio de una noche antinatural, trayendo un pánico supersticioso sobre la ciudad de México. Entre el pandemónium de mujeres y niños que gritaban, perros que aullaban y burros que rebuznaban, la gente fanática corrió a refugiarse en la Catedral o en la iglesia más cercana, cuyas campanas retumbaban requiriendo oraciones propiciatorias. Inadvertido entre esta confusión frenética estaba un hombre solitario e inmóvil que, con instrumentos de aspecto extraño, inspeccionaba el cielo oscurecido en una especie de tranquilo éxtasis: “yo, en este ínterin —escribió poco tiempo después este hombre—, en extremo alegre y dándole a Dios gracias repetidas por haberme concedido ver lo que sucede en un determinado lugar tan de tarde en tarde y de que hay en los libros tan pocas observaciones, que estuve con mi cuadrante y antejo de larga vista contemplando el sol”.²⁵

²⁵ Este fragmento de Sigüenza y Góngora fue tomado de la carta que le escribió al almirante Andrés de Pez, la cual se intitula *Alboroto y motín de los indios de México el 8 de junio de 1692*, citada en Irving A. Leonard, “Un sabio barroco”, en Sosnowski, *Lectura crítica de la literatura americana*, págs. 632–652. Ninguna obra de Sigüenza y Góngora se encuentra en la bibliografía de *La patria del criollo*. Tampoco en la obra posterior de Martínez Peláez, *Motines de indios*, ni en la parte catalogada (hasta mayo de 2002) de su biblioteca personal donada a la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Sin embargo, una copia de la carta arriba mencionada se encuentra en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley y una traducción de

Un sentido de relativa perdurabilidad se filtra en el discurso sobre las contradicciones, violencias e inestabilidades en la heterogénea sociedad colonial como una solución al dilema de expresar a la vez dos ideas contradictorias: una concepción de la historia como historia de luchas, contradicciones y realidades cambiantes por un lado; y por otro lado, una concepción del tiempo histórico en el que la idea de perdurabilidad o muy lenta transformación es esencial para explicar la vigencia en el presente de la mentalidad criolla y su hegemonía. *La patria del criollo* provee este efecto de relativa perdurabilidad mediante el cual da cuenta del cambio histórico y de su temporalidad con estrategias narrativas que actualizan y dan nuevas funciones al discurso criollo.



SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ
Cortesía de Lionel Toriello Nájera.

Leonard en su obra *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century* (Berkeley: University of California Press, 1929).